

BENITO PÉREZ GALDÓS, EL CANARIO MÁS UNIVERSAL

Rasgos y anécdotas de Galdós

CAPÍTULO XXIII

RASGOS Y ANÉCDOTAS DE GALDÓS

El primer secretario. — Cocheros predilectos. — Un buen muchacho. — Al que se hace de miel... — Carta pintoresca. — ¿Cuál es la legítima? — Otras notas.

La vida de Galdós es tan poco conocida del público, a pesar de ser el escritor más popular de España y el que mayores raíces tiene en el pueblo, que no se cuentan rasgos y anécdotas del maestro, como ocurre con otros hombres insignes.

Y sin embargo, la vida del autor de los *Episodios Nacionales* está llena de rasgos salientes y de anécdotas curiosísimas, reveladores de la bondad de su carácter y de la sencillez de sus costumbres.

He aquí, lector, algunos de esos detalles pintorescos, que logramos adquirir a espaldas de D. Benito.

Galdós no había tenido nunca secretario, y el primero que tuvo fue un perro. En algunas postales está retratado con él.

Le puso el nombre de *Secretario*, y cuando lo llamaba en su casa, en presencia de personas que no conocían este detalle, experimentaban aquéllas la natural sorpresa al ver que, en lugar de un hombre, aparecía un perro.

Lo tuvo en su poder muchos años, y cuando murió lo enterró en la huerta de su finca de Santander, junto a un laurel soberbio que allí se eleva, procedente de la huerta de Pereda, y regalo del novelista montañés.

Este dato revela el cariño que siente D. Benito por los perros.

Ahora tiene dos, uno en su finca de Santander, que atiende por *Tito*, y otro en su casa de Madrid, al que llama *Vedriñes*.

Es cosa corriente verlos tumbados a los pies de Galdós mientras éste trabaja.

Debido a la afección a la vista que padece don Benito, utiliza siempre que sale a la calle, coches simones. Y tiene cocheros predilectos, elegidos entre los que forman el punto de la calle de Quintana.

Uno de ellos se llama Ángel, pero Galdós, al nombrarle, le dice *don Ángel*.

Antes de montar en el coche, habla siempre un rato con él sobre política o acerca de los asuntos del día.

En el mismo punto hay otro cochero a quien el gran escritor llama *El Viejo*. Le gusta mucho a don Benito utilizar el carruaje de éste, porque le lleva más aprisa que otros.

8

Siempre le saluda con su frase sacramental: “¡Hola, amigo!”

Consignaremos también aquí otro rasgo de don Benito, puesto que se refiere a un auriga.

Hace algunos meses, al salir un día Galdós de la casa número 70 de la calle de Alberto Aguilera, donde vivía, vio parado un coche de punto delante de la puerta de una taberna situada en la acera de enfrente.

Se dirigió a tomarlo y, al acercarse al carruaje, salió el cochero de la taberna, para rogar a D. Benito que esperase un instante, pues estaba acabando de comer.

Galdós atendió el ruego en el acto, y para que el cochero comiese con toda tranquilidad y sin precipitación alguna, entró con él en la taberna y, sentándose en un taburete al lado del auriga, esperó a que éste terminara, no sólo de comer, sino de tomar café.

Los niños despiertan viva simpatía en Galdós.

Siempre ha tenido amiguitos con los que conversaba a diario largos ratos.

Ahora tiene uno, que se llama Alfonso, de trece años de edad, hijo de la portera de la casa de la calle de Alberto Aguilera, donde vivió el gran novelista.

Todos los días acude este pequeñuelo al hotel de D. Benito, para charlar un rato con el maestro. Con mucha frecuencia le pregunta Galdós su opinión sobre diversas cosas, y escucha los razonamientos de Alfonsito con cariñosa atención.

Verdad es que el pequeñuelo merece esas distinciones, por su afición al estudio, su constancia en el trabajo y su despierta inteligencia.

La instrucción primaria la ha cursado con extraordinaria aplicación.

Ahora asiste a la Escuela de Cerámica, establecida por el Gobierno en la calle de Fernando el Católico número 2, que dirige D. Francisco Alcántara.

Dos veces a la semana acude también Alfonsito al Museo Arqueológico, para estudiar la época italo-griega y algo de lo egipcio.

Don Benito cree que este pequeñuelo ha de llegar a ser un grande hombre.

Galdós ha sido siempre caritativo y amante del prójimo. Ha socorrido y socorre a los necesitados en la medida de sus fuerzas; pero de esta buena cualidad del maestro abusan los pedigüeños en forma intolerable, y hasta los sablistas de profesión le hacen víctima de sus golpes constantemente.

La popularidad de que goza, y el amor que tiene al pueblo, le perjudica en ese sentido, porque a su puerta llaman todas las calamidades de la masa.

Por eso le molesta que los periodistas que acuden a celebrar con él interviús para publicarlas en los periódicos, le pregunten a qué hora sale de casa. Porque, decía Galdós, y decía muy bien, hablando un día con su secretario Pablo Nougués:

—Si ahora me tienen abrumado los pedigüeños, no sabiendo, como no saben, a qué hora salgo de casa, y desde el hotel al punto de coches me encuentro siempre con alguno, ¿qué ocurrirá en cuanto conozcan por los periódicos las horas en que salgo a la calle? Pues como lleguen a concederme el Premio Nobel, me tendré que ir de España.

También recibe innumerables peticiones de libros. Si fuera a satisfacerlas todas, no tendría bastante con las numerosas ediciones que ha hecho de sus obras.

Y no digamos nada de las solicitudes de cuartillas que a diario llegan al despacho del gran escritor, para leerlas en actos públicos o publicarlas en periódicos y libros.

Para atender esas peticiones, tendría que consagrar toda su vida a escribir cuartillas sueltas.

En el Archivo que tiene Galdós en su casa de Santander, hay unos legajos que guardan cartas pintorescas y extravagantes que le dirigieron admiradores y correligionarios suyos.

Entre ellas hay una que le envió un ciudadano de esos que se emborrachan de República, el cual, queriendo encabezar la carta en forma que respondiera a la igualdad del lema republicano, escribió: “Apreciable semejan-te”.

El texto de la misiva es también delicioso.

No es posible ponderar las simpatías y respetos que Galdós tiene entre la masa obrera.

He aquí un detalle que lo demuestra:

Viajaba una tarde D. Benito en la plataforma de un tranvía, fumando, como siempre, un cigarro puro.

Ya entonces veía muy poco, y con la ceniza del cigarro manchaba sin querer, a un obrero que estaba a su lado.

El obrero, que no conocía personalmente a Galdós, protestó iracundo, pero como alguien le dijera que aquel caballero era D. Benito, cambió en el acto de actitud, y dio toda clase de satisfacciones al gran novelista.

Cuando terminó el recorrido del tranvía, Galdós y el obrero eran ya dos buenos amigos.

Está ahora tan metido Galdós en su labor literaria, que cuando recibe citaciones para que concurra a reuniones y actos políticos que perturban su trabajo, exclama:

—Y a mí, ¿por qué?

—Porque es usted diputado a Cortes —le contesta su secretario, recordándole los deberes de su vida pública.

A raíz del estreno de *Electra*, colocaron un petardo en una de las ventanas de la casa de la calle de Hortaleza donde D. Benito tenía la administración de sus obras.

El insigne novelista se encontraba en su despacho cuando el petardo hizo explosión, pero ni el estampido ni los desperfectos que el explosivo produjo, sobrecogieron al maestro. Por el contrario. Su serenidad sirvió para tranquilizar a los que con él estaban en la casa.

La sencillez y la modestia de Galdós llegan a tal extremo, que no desdefía las opiniones de nadie, por humilde que sea, acerca de sus obras.

Y cuando alguien le dice que no le ha gustado algo de lo que ha escrito, lo toma en cuenta sin rebatir el juicio.

También su exquisita bondad disculpa en el acto toda indiscreción, hija del poco discurso.

Cierto día, un ciudadano de esos cuya inteligencia es muy inferior a su desenfado, dijo a don Benito, al mismo tiempo que le saludaba.

—Ya he leído algunas de las “cosillas” que usted escribe.

Galdós sonrió afablemente, y nada dijo.

En cambio, lo que le molesta al fecundo escritor, es que en cartas y documentos confundan su nombre y apellidos, y le pregunten dónde se venden sus obras, porque esto indica una estultez imperdonable.

En un pueblo, de cuyo nombre no hace falta acordarse, se representó *El Abuelo* con extraordinario éxito.

Tanto gustó, que varias personas de la citada localidad acordaron escribir a D. Benito, expresándole su testimonio de admiración.

Así lo hicieron y, tras de algunos párrafos laudatorios, rogaban a Galdós que les dijera, pues la impaciencia les devoraba, cuál era la nieta legítima del conde de Albrit, si *Dolli* o *Noll*.

¡Les había admirado la obra, pero no la habían entendido!

Personas

vistas por Padrón Noble



Guillermo Sureda

Guillermo Sureda es un gran canario que cruzó el Atlántico hace ya años y que desarrolla su actividad artística en otra isla, la hermosa Puerto Rico del Mar Caribe. Sureda comenzó por la música, interpretando el violín y, más tarde, pasó al campo de las artes plásticas, en las que es un excelente acuarelista. El pincel de Sureda nos ofrece una acuarela decantada, que recoge con extraordinaria sutileza y profundidad los paisajes naturales y los paisajes urbanos. Recientemente presentó una muestra representativa de su obra en el Gabinete Literario, de Las Palmas de Gran Canaria. Ahora, de vuelta a Puerto Rico, sus acuarelas quedan como un recuerdo permanente en la colección de la Casa Gourié, de su ciudad natal, Arucas.